

Inma Villanueva Ayala

Tocando lejos



Benalmádena, Málaga, España, 2020

Y una vez más se estremeció con la comprobación de que el tiempo no pasaba, como ella lo acababa de admitir, sino que daba vueltas en redondo.

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ
(Cien años de soledad)

I. Cuando el comandante muera

Severino me está observando desde su pedestal de santo. Traje de chaqueta hecho a medida color crema, camisa marrón chocolate, corbata a juego con el traje, sombrero canotier con cinta negra, zapatos blanqueados con un cepillo de dientes viejo, reloj de pulsera de esfera plateada con la inscripción “Cuervo y Sobrinos Habana”, gafas de metal de montura dorada, anillo sello de dieciocho quilates en el dedo índice para herir mientras canta.

Ha caído la noche perfumada de olores a cocina escasa, a gasolina quemada, a sudor macerado durante el día, a tuberías atascadas, a alcantarillas obstruidas por nidos de ratas, a ron Planchao, a Popular Dorado deshaciéndose en humo. La noche, encendida por farolas dispersas como sus voces, como sus risas, que suenan a risas de costumbre más que a risas espontáneas. Severino con sus ojos de agua borrosa como un pozo ciego, con sus labios de cacao, con sus dientes de azú-

car postizos, con sus dedos de bambú negro. Negro. Negro. Tan negro que se le puede confundir con la noche.

Después de diez horas de vuelo, Barajas-Aeropuerto internacional José Martí, duele todo el cuerpo. Diez horas son pocas para impedir que se metamorfosee La Habana cuando Fidel muera, como le ocurrió a Gregorio Samsa. Hace más de quince años de esta historia y Fidel sigue vivo. Está viejo y un día de estos puede estirar la pata. Tenemos que visitar Cuba antes de que el comandante se vaya. La Habana, anclada en otro tiempo, con sus fabulosos Cadillac de los cincuenta, con sus Chevrolet vetustos, contaminantes e inseguros, como el pavimento por donde circulan, con su Capitolio resplandeciente para no ser menos que Washington, entre la calle Prado, Dragones, Industria. Tan odiada, tan querida. Antes de que el comandante muera. Nunca se sabe cómo será cuando esto suceda, propuso Stefan, mientras tomaba una copa de Godello echado en el sofá de nuestra casa.

Un calor instalado desde siempre nos hace el recibimiento oportuno. Un calor húmedo a ciénaga cercana, a mosquitos como elefantes que aguardan desfallecidos nuestra llegada. El calor entra, como un golpe fuerte en la cara, envolviendo nuestros cuerpos doloridos por el exceso de horas de vuelo. Y los dos pensando que, quizás, esta odisea tramada en una agencia de viajes, antes de que el comandante desaparezca, pueda abatir el tedio que se había instalado en nuestras vidas. Nunca llegaré a entender por qué se deja de amar a los que más se ha amado. El amor se desgasta como la punta de un lápiz de carboncillo.

Un autobús nos está esperando a la salida del aero-

puerto. Mugriento, pegajoso, con el aire acondicionado apagado hasta que llegamos nosotros, los turistas procedentes de Barajas, destino Varadero, con una parada organizada en mitad del camino para impresionarnos con un mojito recién hecho. No estamos acostumbrados a este calor tan pastoso, tan mojado, que cala los huesos. Siento que me falta el aire. Agradecemos el frío de los cubitos de hielo, el ron y la hierbabuena. Y mucho azúcar de caña. Refinada.

Un resort de la cadena Meliá, con todo lujo de detalles, nos da la bienvenida al ritmo del municipio de Cárdenas. La hembra del jején está deseando saborear nuestra sangre como el néctar de la cascada de flores de una buganvilla rosada. Pican de noche y es indoloro. Los mosquitos y el jején derrotaron a los primeros que pisaron la arena fina y amarilla de sus playas.

La habitación parece el hall de un palacio; en el centro, sobre una mesa ovalada, hay un enorme cesto de mimbre con tamarindos, mangos, mamey, piña, papaya y tres piezas de guayaba que desprenden un triste olor a nostalgia; al lado, enterrada en hielo, una botella de Freixenet Excelencia exhibe el turbante dorado de su cabeza de corcho. Está dispuesta para ser decapitada. Tantas atenciones me tienen aturdida. El viaje desde nuestro pueblo hasta Barajas, las diez horas de vuelo, las turbulencias que me ponían el estómago en la boca, el barullo de pasajeros a la llegada buscando con desesperación desconfiada las maletas, el atropello de interrogaciones en la aduana, el viaje en el autobús cochambroso hasta Varadero en mitad de la noche empapada, el resort de dimensiones astronómicas, el olor a tristeza de la guayaba.

En mi vida había visto una cama tan grande. Dos metros de ancho por dos de largo. En ella podrían dormir hasta cinco personas. Dos cisnes con los cuellos reclinados, como si se estuviesen besando, ocupan los pies de la cama, sobre las alas plegadas hay flores rojas de hibisco recién cortadas. Las mujeres de la limpieza son unas artistas mal pagadas. Como me pierda esta noche en la magnitud de la cama, Stefan no llegará a encontrarme con el sueño tan profundo que sufre.

A la mañana siguiente, la cola para el desayuno es kilométrica. Temporada alta. Media Europa está esperando que le sirvan huevos revueltos. Cogerán mesa, uno de ellos se quedará sentado, oteando el horizonte por si aparece algún intruso que le quiera robar el sitio tomado, después se irán levantando por turnos para asaltar el bufé hasta que la comida engullida les salga por las orejas. El esperanto que llega a nuestros oídos es terrible, Zamenhof volvería a meterse dentro de su tumba en Varsovia si lo oyera.

Una semana en Varadero es más que suficiente. No compensan sus hermosas playas de ensueño el suplicio de tener que aguantar durante todo el día el mismo cacareo ininteligible, los cursos de aqua aerobio en la piscina del hotel a la una de la tarde, los centinelas de la playa ahuyentando a cualquier “morenito” que vieran aparecer por los alrededores, los restaurantes temáticos engalanados de satén como para la celebración de una boda, el sabor dulzón de la langosta, privilegio exclusivo para el turista con dólares, los concursos de salsa y merengue, con intercambio de parejas, a las diez y media de la noche en la sala de fiestas, amenizados por el showman más afamado de la isla,

las pulseritas de colores luminiscentes, obligatorias durante toda la estancia, señal sine qua non del “todo incluido”.

Al cuarto día me siento tan mal que tengo que quedarme en la cama. Stefan se irá a la playa, que está a solo unos minutos. Aunque está preocupado y decide, antes de irse, preguntar en recepción si tienen servicio médico. Por supuesto que disponemos de servicio médico, de enfermería y hasta de sala de partos, por si alguna vez hay una emergencia, le contesta el recepcionista que estaba de turno, si lo que sobran en Cuba, son médicos.

Por la tarde, sobre las cinco, viene el médico a verme. Me pide que abra la boca y saque la lengua, que vuelva a cerrarla, me ausculta y me dice que cuente hasta treinta pausadamente y respire hondo, cuando ha terminado con el fonendoscopio me ordena que me eche bocarriba sobre la cama y me palpa el abdomen. El médico es un hombre serio, de pocas palabras, joven, con la piel del color de las almendras tostadas. Sus ojos me inspiran confianza. Nos dice que no me ocurre nada grave, que lo que tengo se debe al jet lag, no todo el mundo reacciona del mismo modo a la diferencia horaria. Tengo algo de fiebre, he perdido el apetito y siento mi cuerpo tan pesado como si llevara a mis espaldas cien kilos de peso. El médico, con el fonendo colgándole del cuello, como un collar de acero inoxidable sobre la bata de blanco inmaculado, me extiende una receta con un medicamento específico para que lo recoja en la enfermería. En unos días estará como nueva, me dice al despedirse.

Cuando nos quedamos solos en la habitación, donde el olor de la fruta había impregnado las paredes, le reprocho a Stefan su falta de tacto por haberse ido tan tranquilamente a la playa dejándome sola durante toda la mañana, aunque fuese yo misma la que le insistiese para que disfrutara del día diciéndole que me las apañaría sola con mi libro.

Al día siguiente me encuentro bastante mejor, quizás debido a la medicación. Cuarenta y cinco dólares extras. He dormido toda la noche abrazada a Stefan. Necesitaba sentirlo cerca, a pesar de todos los reproches sin sentido que le hice después de que se marchara el médico.

Solo quedan dos días para poder salir del gueto paradisiaco de arena dorada y cocoteros a pie de playa que contratamos con la agencia. Se nos ha ido agotando el ingenio: hemos visitado, uno por uno, todos los restaurantes temáticos, incluso hemos repetido en alguno de ellos, hemos terminado los libros que llevamos creyendo que no nos daría tiempo a leerlos, los mojitos y los daiquiris ya no nos saben a nada, la hierbabuena ha perdido su olor a fresco, la pulsera obligatoria, que reluce como el relámpago en una tormenta, me está haciendo una rozadura en la muñeca.

El sábado vendrá a recogernos Andreas, un amigo de Stefan, que se casó hace seis meses con una cubana de Sancti Spíritus y decidió probar suerte en Cuba, anhelando, como un yonqui desesperado por meterse un chute de heroína, que cambie la cosa en cuanto la palme el viejo comandante chocho, como él dice.

Antes de su llegada, para ir matando el tiempo que nos queda, decidimos visitar la Ciénaga de Zapata.

Para llegar a la ciénaga hay que cruzar la isla a lo ancho. Stefan está contento de que podamos salir los dos solos. Atravesamos pueblos que ni siquiera me hubiese imaginado que existían. Llegamos de madrugada al hotel. No se veía nada.

En la ciénaga convenimos con Ulises, un cubano enclenque y desdentado, que estaba apoyado en el borde de su nave. Un hombre agradable, de ojos tristes, que se nos ofrece amablemente, por una miseria, para mostrarnos las maravillas que esconde la Ciénaga. Subimos y Ulises se transforma en un guía intrépido, astuto, orgulloso del manejo de su lancha a motor, como un marino curtido que surca el Egeo obnubilado por el arrullo de las sirenas. La ciénaga es su dominio: el herbazal, los manglares, los bosques, los manatís, los cocodrilos, los flamencos, las grullas... Una gallinuela de Santo Tomás nos saluda con un “kuok” “kuok” repetitivo desde la orilla derecha. Ulises nos explica que antes de que Colón llegase a estas tierras, para repostar fuerzas y arribar al nuevo continente, la ciénaga estaba poblada por indios de las tribus Siboney. Mi madre oía una canción, cuando yo era pequeña, que llevaba este nombre de ensueño.

Hay un silencio que atrapa. La ciénaga solitaria que tuvo que atravesar José Arcadio con los suyos huyendo del espectro de Prudencio. Un silencio apenas roto por el silbido del viento que atraviesa, como una serpiente cascabel, el herbazal de la ciénaga, roto por el canto de las aves migratorias que cogen aliento antes de emprender otra vez el vuelo. La vegetación emerge del agua con una facilidad voluptuosa. El zumbido de los insectos me produce escalofríos.

Mientras, Ulises nos cuenta, con la mirada extraviada en sus dominios, que la vida en la isla está difícil, no obstante, él está orgulloso de su comandante en jefe y de su patria, que educación y sanidad no les falta, que cerca de donde estamos parados, en mitad de la ciénaga, está Playa Girón, donde ocurrieron los hechos de la invasión de Bahía de Cochinos, que fue la primera derrota de la potencia estadounidense en América Latina. Aunque la libreta de racionamiento no les dé para mucho.

Rodeados de agua y de vegetación por todos lados, Ulises cambia su discurso enaltecedor de la patria y continúa, bajando notablemente el volumen de voz, como cuando no se quiere despertar a alguien que duerme, que en la ciénaga hay cocodrilos tan grandes que pueden tragarse a una persona de un solo bocado, que los ha visto con sus propios ojos en los muchos viajes que ha acometido. La ciénaga engaña, parece tranquila, pero esconde secretos tan misteriosos como el del sombrero de Camilo Cienfuegos que fue lo único que se encontró de él antes de que desapareciera un buen día sin dejar rastro. A su derecha hay un cajón rojo hecho de tablas de madera mal encajadas, lo abre y doy un grito que espanta a las aves y enmudece a los insectos. Ha sacado un cocodrilo pequeño de cincuenta centímetros de largo. El efecto escénico que ha producido en nosotros se convierte en risa. Él solo quería sorprendernos. Es su mascota, que devolverá a la ciénaga en cuanto se haga un poco más grande y empiece a enseñar los dientes.

Después del susto, Ulises nos lleva a un restaurante instalado en el agua, construido con una enrevesada

estructura de madera, cuya especialidad es la carne de cocodrilo. A mí me da un poco de reparo, pero él insiste en que debo probarla. Es una carne blanquecina que sabe a pollo hormonado. Invitamos a Ulises a almorzar con nosotros, nos lo agradece y nos contesta que se conforma con una Bucanero bien fría. De vuelta al embarcadero es Stefan el que maneja la lancha, algo indeciso, pero encantado con el ofrecimiento que le ha hecho el comandante de la expedición.

Al despedirnos, Ulises nos pregunta que hacia dónde nos dirigimos, le contestamos que hacia Varadero. Vive en Martí, un pueblo cercano a Cárdenas. Nos pide que le llevemos porque la guagua salió a su hora, cosa extraña, carajo, y se ha quedado sin medio de transporte para volver a su casa.

Durante el trayecto nos comenta que por las tardes cortan la luz en su pueblo por lo del ahorro energía, que con el bloqueo los tienen cogidos por los huevos. La calle que atravesamos para llegar a su casa no está asfaltada. El pavimento es de tierra rojiza que se levanta a nuestro paso formando nubes de polvo. A ambos lados de la calle, el adoquinado de las aceras sobresale resaltando el desnivel que hay con el firme por donde circulan los coches. Hay mucha gente en la calle: gente que conversa tranquilamente, apostados en las esquinas de cualquier casa pintada de verde menta, viejos con sombreros de paja y camisetas de tirantes, sentados en los umbrales, echando humo por la boca como locomotoras de vapor caducadas, niños con pantalones cortos, descalzos y con los rostros churreteados de ocre, jugando al fútbol con una pelota de rugby; mujeres con los cuerpos insuflados de carbohidratos

desde los veinte años y las mallas pegadas a los muslos en recuerdo de los viejos tiempos, que sonrían al vernos pasar, con las bocas de par en par y los labios como gominolas de fresa.

Aunque todavía no ha anochecido, notamos que el suministro de luz se ha detenido. Los rayos del sol, que cuelga perpendicular sobre la isla, se han ido diluyendo conforme transcurría el día, ahora solo queda su sombra que acaricia los tejados maltrechos de los edificios más altos. El único bar que hay en la calle parece desde fuera la entrada de una cueva. Dentro está tan oscuro que no se puede distinguir nada ni a nadie, si está lleno o vacío. Contrasta con la claridad descolorida de azul agua de la fachada.

Siguiendo sus indicaciones conseguimos llegar a su casa. Ulises insiste en que bajemos del coche y conocamos a su mujer y a sus hijos. Lo hacemos. Su mujer se llama Penélope y está tan delgada que de espaldas parece una niña pequeña. Tiene los ojos negros y brillantes como dos manchas de tinta china, los labios tan finos como hilos de nailon. Cuando sonrío se le ilumina la cara. Nos invita a pasar como si nos conociera de toda la vida. Acaba de llegar del trabajo. Es pedagoga. Ulises y ella tienen dos niños pequeños que están jugando a la rayuela en la calle. Nos invita a sentarnos y a tomar algo, aunque lo único que pueden ofrecernos es agua del grifo hervida y algo de fruta. Tienen una papaya tan grande como una sandía puesta a refrescar en el patio. No podemos rechazar la invitación, se nos caería la cara de vergüenza. Penélope no sabe cómo agradecemos que le hayamos devuelto a su marido sano y salvo, a estas horas del día, a punto de caer la

noche, como si Ulises volviese de librar una contienda naval y no de pasear por la ciénaga a turistas extranjeros.

En la casa hay un televisor de los de antes, con una pantalla tan gruesa como el cristal de las gafas de un miope empedernido, y un frigorífico blanco con ruedas para poder moverlo. Ambos electrodomésticos están recubiertos por unos paños de croché, hechos con mucho esmero. Ahora están apagados porque con los cortes de luz diarios de nada sirve tenerlos encendidos, nos cuenta Penélope.

Nos sentamos en la sala donde tienen el televisor disfrazado de nazareno. Tomamos la papaya que está madura y se funde en la boca. Antes de abandonar la casa rumbo a Varadero y a sus maravillosas playas, la mujer de Ulises nos da como recuerdo una colcha pequeña de ganchillo tejida por ella misma.